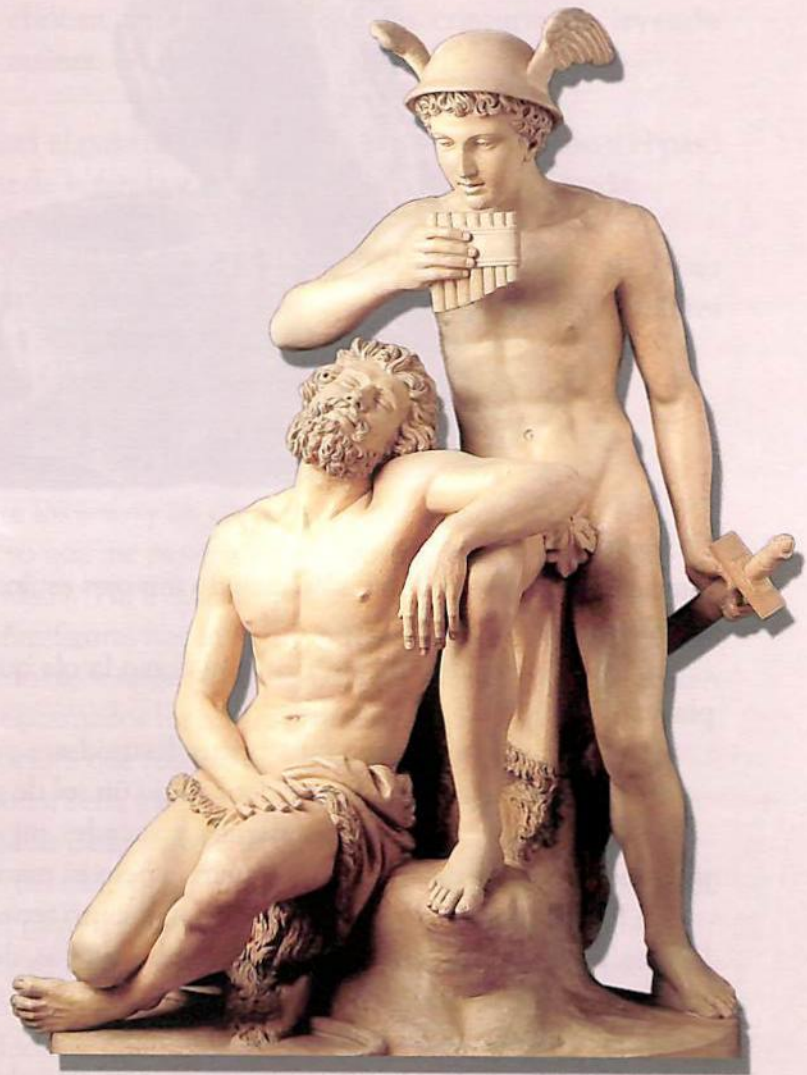


Italia en La Colmena



Giovanni Papini

Visita a Knut Hamsun

CRISTIANÍA, 24 DE AGOSTO.

Le pregunté a un librero cuál era el más grande escritor vivo de Noruega. Y respondió:

—Knut Hamsun.

Por lo tanto, es preciso que yo conozca también a este Hamsun. No he leído nada de él, pero en vista de que estoy en Noruega y no pienso volver a este país, quiero incluir también a dicho escritor en mi colección de coloquios memorables.

Me agrada lo que me han contado de él: ha padecido el hambre (como yo); he sido *mojado* en los Estados Unidos (como yo) y evita en lo posible la compañía de los hombres (como yo). Dicen que vive en una isla solitaria, y que muy raras veces va a las ciudades. En 1920 le otorgaron el Premio Nobel. Un secretario de la Legación de los Estados Unidos me ha prometido conseguir un salvoconducto para llegar hasta él.

2 DE SEPTIEMBRE.

Finalmente, ayer pude conversar con este Knut Hamsun. Excelente impresión. Es un hombre de más de sesenta años, pero bien conservado. Sus atrevidos

bigotes le dan un aire de oficial sin debilidades. Rostro franco, pero un poco triste y severo a ratos. Es bueno su inglés, no es ceremonioso. Me gustó.

—Quise recibirlo porque usted no es un mendigo, literato o periodista; tampoco desocupado, admirador o coleccionista de autógrafos. Todas esas personas son desigualmente nefastas e igualmente insoportables. Me defiendo de ellos como un caballero se defiende de los asaltantes, pero no siempre lo consigo. He puesto un brazo de mar entre ellos y yo, pero los canallas conocen la existencia de los barcos y los aprovechan.

«Por fortuna, usted no sabe lo que es la gloria. ¡Que nunca padezca usted una desventura semejante! Ser famoso significa ser viejo y perseguido. La celebridad lo convierte a uno en un cadáver viviente, timado. Los rivales y los jóvenes lo consideran como un malhechor sobreviviente, y como tal lo tratan. La fama es una anticipación de la parihuela y del sepulcro. ¿Usted es famoso? Eso quiere decir que ya ha dado todo y se puede empezar la autopsia, incluso la vivisección. Ya lo compensamos, quítese de encima la carroña coronada y sacia, para dejarle el puesto a los mediocres. Cualquier cosa que haga siempre será inferior a las obras que le dieron fama. La gloria es un certificado de impotencia. Una prisión. Está sometido, quiéralo o no, a una vigilancia especial. No puede alquilar una casa, entrar en un café o andar de viaje, sin que miles de personas lo sepan de inmediato, lo cuenten o lo impriman. De nada sirve refugiarse en la soledad. Lo encontrarán, y si no logran saber algo, lo inventarán.

«Pero esto sería lo de menos. Lo peor es que la fama lo deja a merced de los ladrones honestos. Todos quieren algo, todos le quitan algo. De cien cartas que recibo, noventa son para pedir. De veinte personas que vienen a buscarme, diecinueve acaban por llevarse lo que desean.

«Existe el admirador lejano, que quiere mis libros, gratis; el que quiere una dedicatoria o la página autografiada para sus colecciones; el que exige la fotografía y noticias de mi vida; el que quiere hablar conmigo a toda costa, para que lo aconseje, lo juzgue, lo ayude, lo ilumine y lo redima. Desde que me dieron el Premio Nobel, no me salvo de las peticiones de dinero. Todos los pretextos son buenos: enfermedades, recomendaciones, gastos escolares, viajes indispensables, padres paralíticos, madres dementes, hermanas tísicas, matrimonios urgentes, donaciones para monumentos, tumbas, centenarios, internados, nobles caídos en desgracia, hospitales zoológicos, exploraciones árticas, catástrofes. Si les hiciera caso a todos, no me bastaría todo el patrimonio del Nobel y volvería a la inopia.

«Y existen también los que, gracias a mi celebridad, me consideran omnipotente. “Si todos lo conocen, piensan éstos, quiere decir que conoce a todos y puede obtener lo que desea”. Error garrafal. Un escritor puede ser celeberrimo y, no obstante, tener relaciones únicamente con pocos amigos, que no disponen de ninguna influencia. Pero esa clase de pedigüenos no entiende estas cosas o no cree en ellas. No hay semana en que alguien no pretenda de mí algo imposible: que le consiga, a tambor batiente, un buen puesto, que le ayude a publicar un libro en una gran editorial, que lo recomiende en un periódico

para que le paguen bien sus colaboraciones, que me dirija a los ministros o a las academias para que lo subsidien, le den una beca para un viaje, una pensión. La verdad es que, a causa de mi vida solitaria, no conozco, ni procuro, a personajes capaces de hacer estos favores; pero si los conociera, eso no quiere decir que los obtendría sólo por llamarme Knut Hamsun. Tendría que escribir cartas y más cartas, desgastar sillas en las antecámaras —o sea regalar mi tiempo, que es lo más precioso para un artista— y dar en garantía mi nombre a gente que, por lo general, no conozco. Y si algunas veces, por debilidad, le doy gusto a alguien y obtengo lo que desean, ¡válgame Dios! Nunca quedan contentos. Vuelven a pedir, y siempre cosas mayores. Después de obtenerlas, cuando no es posible darles diez juntas, lo abandonan a uno, indignados e insultantes.

«Y nunca faltan aquellos que envían volúmenes o manuscritos, exigiendo que los lea y escriba un elogio razonado; y los pestíferos entrevistadores, que me sustraen una hora de trabajo o de reposo, para ganar un poco de dinero a nuestras expensas. En fin, del hombre célebre *lo quieren todo*. Le he dado a esta gentuza

de ciegos un poco de luz, un poco de fuego a sus corazones helados, algunas ideas a esos cerebros despoblados. El hombre célebre da una parte de sí, de su sangre, de su alma y de su vida, a fin de

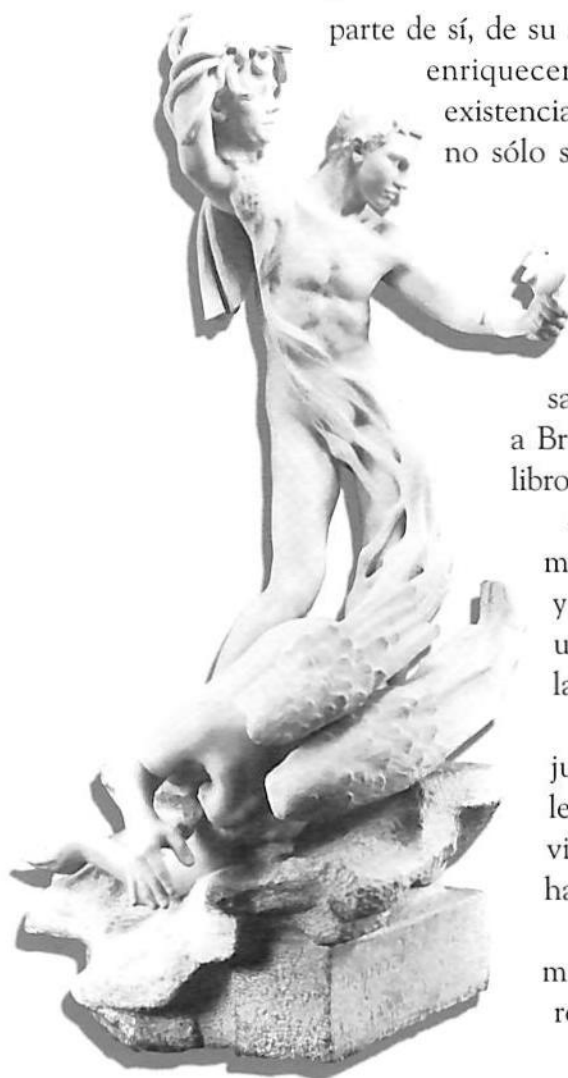
enriquecer almas ajenas y hacer menos triste su existencia. Y puesto que ha dado, debe dar siempre no sólo su espíritu, sino también su dinero, sus

jornadas, su trabajo y algunas migajas de su gloria. El escritor famoso siempre está rodeado de parásitos, de sepultureros y ladrones. La fama no es un premio, es una maldición, un castigo. Si lo hubiera sabido a tiempo, habría ido, en 1890, a matar a Brandes, que le revelo a Europa mi primer libro: *El hambre*. Mejor hambriento que célebre.

«Incluso usted, que no me ha pedido nada, me ha quitado algo: media hora de mi tiempo y un poco de mi fuerza. Usted es también un ladrón honesto, bien educado, ¡pero un ladrón!

No me ofendí al escuchar estas palabras, justísimas, y pensé que lo más decente era levantarme y despedirme. Knut Hamsun me vio marcharme tan satisfecho, que, al salir, hasta me apretó vigorosamente la mano.

Knut Hamsun me agrada de veras, y mucho. Voy a comprar todos sus libros, para resarcirlo, delicadamente, del tiempo que perdió conmigo.



NOTA

GIOVANNI PAPINI NACIÓ en Florencia el 9 de enero de 1881; murió el 8 de julio de 1956 en esa misma ciudad. Desde la infancia fue un lector apasionado y asiduo frecuentador de bibliotecas y salas de lectura. Siendo aún muy joven, se alió a Ettore Allodoli, con el que dio vida a algunas revistas manuscritas ("La Rivista", "Sapientia", "Il Giglio"), que son testimonios de una precoz vocación de organizador de la cultura. A partir de 1902 asistió, en calidad de oyente, a los cursos florentinos del Instituto de Estudios Superiores y, sucesivamente, fue director del Museo de Antropología de Florencia y profesor de Filosofía Moderna en la Universidad Popular. En 1903 fundó "Leonardo", la polémica revista de literatura e ideas, donde publicaron jóvenes intelectuales como Prezzolini, Borgese, Cecchi, Spadini, Vailati. También fue fundador, junto con Ardengo Soffici, la revista "Lacerba", cuyo primer número apareció en 1913 y se convirtió muy pronto en el órgano oficial de futurismo italiano.

De entre su inmensa bibliografía —compuesta de varias novelas, libros de cuentos, de poemas, numerosos artículos periodísticos sobre temas culturales de actualidad y una gran cantidad de libros de ensayos, siempre polémicos—, aún siguen levantando ámpula varios de sus títulos, como *El piloto ciego* (1907); *Un hombre acabado* (1912); *Historia de Cristo* (1921); *Gog* (1931); *El libro negro* (1951) y *El Diablo* (1953).

Muy pocos escritores italianos del siglo XX han logrado ser tan traducidos y famosos en el extranjero (en breve aparecerá en nuestro país una nueva traducción del *Gog*, publicada por la editorial Triángulo). LC



Camille Claudel, *Persée et la Gorgone*, H. 196, L. 111, P. 119 cm, marbre, 1902.